

FILMS SELECTOS

Film Tex
Cineclub



325

★ JEAN
HARLOW



FILMS SELECTOS

Director:
J. ESTEVE QUINTANA
López Raimundo, 3
(antes Vergara)
Teléfono 22890
BARCELONA
Año VIII-N.º 325



(Fotos M.-G.-M.)

LA NOBLE FIGURA DE Jean HARLOW



AUN en medio de las trágicas circunstancias en que vivimos, la muerte de Jean Harlow ha causado profunda sensación. La exclamación unánime que ha brotado de todos los labios al recibirse la triste noticia de su muerte inesperada ha sido: «...¡Y tan joven como era!»

Su destino puede compararse al de esas estrellas llamadas «nuevas» por los astrónomos, que aparecen radiantes en el horizonte, brillan hermosísimas con vivo fulgor unos pocos días, luego se van extinguendo y desaparecen para siempre.

La aparición de Jean Harlow fué radiante. Todos recordamos la enorme sensación que causó en su primera pelí-

cula (muda todavía), «Angeles del infierno», aquella mujer esbelta, de noble figura, de extraordinaria elegancia, en que se afirmaba al mismo tiempo una personalidad originalísima.

Una de las notas, acaso la más superficial, de su presentación, la del cabello platinado, produjo tal admiración y sorpresa, que causó en todo el mundo una verdadera epidemia de rubias platinadas. Esta nota de originalidad exterior no era, con todo, ni mucho menos, la más importante del arte de Jean Harlow, aunque sí contribuyó a su inmensa popularidad. Así lo comprendía la misma artista, la cual, después de haber continuado en algunas películas el efecto de este detalle, acabó por renunciar a

Filmoteca
de Barcelona



él, segura de que su arte no necesitaba de tales recursos para causar admiración auténtica y profunda. Entre los adjetivos que acabamos de dedicar a Jean Harlow, con toda intención hemos escrito el de noble. Noble artista en verdad. Víctima de las exigencias, y aún diríamos de los prejuicios de los directores y acaso también del éxito de su primera película, Jean había sido utilizada especialmente para representar tipos de mujer perversa, cuyo encanto misterioso había de consistir en eso que se llama el «sex-appeal». Pero ella valía más que todo eso y su gloria se apoyaba en cualidades artísticas mucho más sólidas. Aún a través de esas encarnaciones perversas, de sus gestos despreocupados, de sus miradas y sus risas llenas de sensualidad, irradiaba un espíritu superior lleno de nobleza, de talento y de comprensión profundamente humana.

Esto, que había sido ya observado por los mejores críticos del cinema, se había hecho del todo evidente para el público en general en sus últimas películas, en las que, como si el cambio de color de su cabello significara la rectificación de una trayectoria artística, encarnó personajes llenos de bondad. Verdadera prueba para una artista, que había ganado su celebridad con otra clase de papeles y que no temía lanzarse a la aventura de dar al público lo que éste acaso no esperaba ni exigía de ella. Caso poco frecuente de honestidad artística, puesto que ya conocemos tantos y tantos especialistas de una misma clase de tipos, explotados hasta la saciedad por los que han sido aplaudidos una vez en ellos.

Esta muestra de agilidad artística y deseo de renovación hacía esperar muchas y grandes cosas del talento de la Harlow.

Basta pensar en la notabilísima labor realizada por ella en tan pocos años. Basta pensar, sobre todo, en su juventud, tan fresca y lozana todavía. ¡Ah! ¡Qué brillante carrera se anunciaría para ella cuando tan lejos se hallaba aún de la vejez! Y, con todo, ¡Jean ha muerto!

Ha vivido en intensidad lo que millares y millares de seres humanos no pueden vivir en una vida prolongada. Ha disfrutado intensamente de la vida; ha conocido todos los esplendores de la gloria y de la riqueza, y, de pronto, los dioses, que según el adagio antiguo matan en plena juventud al que ellos aman, se han llevado a su Olimpo a la divina Jean Harlow, para que en él brille con nuevos y eternos esplendores. J. ESTEVE QUINTANA

ALEGRO

Niñez en Kansas. Niñez en California. Blanco espíritu. Carne rosa. El abuelo: blanco de plata con amor rosa, dulzón, condescendiente. La niña, blanco y rosa, juega, salta, ríe. Parques floridos. Al-

do' frases estereotípadas que parecen inéditas. Tenis. Natación. diversiones de todas clases. Proyectos. Amor de madre. Visión del porvenir. Todo rosa, en un más suave tono y con más matices.

lla pueda irradiar, la atrae. ¿O será el destino? Sea una u otra cosa, el resultado es que el cine ya la tiene. ¡Ya es



SYNOPSIS EN BLANCO Y ROSA

Rosa carne. Rosa flor. Rosa de amanecer. Rosa esperanza.

mendos blancos. Almendros rosa. ¡Alegria! Todo en su infancia es rosa y blanco. Dicha y amor familiar. Ilusiones, esperanzas y caprichos. Saífacciones y desencantos. Ampo de nieve, rosa pálido, sin matices.

ALEGRO VIVAZ

Pubertad. Juventud. Estudios y ensueños. Amores de iniciación. Noveleñas a flor de piel. Amistades. Golosinas. Frescos rostros. Deseos. Miradas insinuantes. ¡Aquel baile en que conoció a Charles F. McClellan, arrogante y gallardo. Paseos por Highland Park, susurran-

suyl! El rosa se hace demasiado intenso en la época de Hal Roach. Sobre el suave rosa de su tersa carne, una mancha negra —camisita de encaje, único indumento— destaca tan fuertemente, tan intensamente, que el abuelo, plata y rosa, enrojece. ¡No hay que quebrar la gama de color! Rosa y blanco, siempre rosa y blanco. Cualquiera otra destruirá el ritmo inicial, el que ha de continuarse para la perfección de la interesante figurina. Cancelamiento de contrato. Vuelta al blanco, pero a un blanco pálido, sin albarca y sin matiz. Tampoco es éste el color apropiado para ella, como no, lo es la inactividad a que ha de someterse. Su boca es atractiva; sus ojos expresivos, vivarachos; su cuerpo con perfección de hembra, no de estatua; su pelo... ¡Suenan el clarín, redoblan los atabales! Su pelo ya no es oro pálido; uniformando la gama, se ha vuelto platino. ¡Suenan el clarín, redoblan los atabales!...



SYNOPSIS EN BLANCO Y ROSA

Passan las nubes, passan los negros cendales; la linda figurina aún parece más delicada, más fina, más quebradiza, más blanco, más rosa. Ella lo sabe y subraya estos colores, no sólo en su platinada cabellera, ¡suenan los clarines, redoblan los atabales!, sino también en su indumento. Todos los vestidos que para lucir en la vida elige, esos vestidos de auténtico lucimiento, los de noche, los de hogar, son preferentemente blancos, en tonos niveos, marfileños, de nardo, de azucena, con adornos de plata, de perlas. Y para aún hacer resaltar lo atractivo, lo sutil, lo ingravido del color: flecos, plumón de cisne, suaves plumas de avestruz, aumentan sus encantos, su suavidad. El rosa es siempre su tercio y bien modelado cuerpo. Blanco y rosa, reflejo de su vida, de su ser, de su inteligencia, no hechos para las fuertes tonalidades, para los contrastes violentos. Dulzura y suavidad, en colores, en líneas, en pasiones, en miradas, en sonrisas. Descansos rosa. Picardías rosa. Bonades blancas. Amabilidades blancas y, como única nota vibrante, el do sostenido de sus platinados cabellos.

ADAGIO-FINAL

No queremos desentonar la maravillosa sinfonía de suaves tonos que fué en ser y en arte Jean Harlow, con plañideras notas, porque se extinguío la estrella. Para nosotros aún perdura y perdurará por mucho tiempo.

Como la de las celestes, la luz de esta estrella viene de muy lejos y, aunque dejen de existir, su brillo llega hasta nosotros con intensidad, con toda su pureza y su encanto.

La estrella se extinguió, pero su ser y su arte, rosa y blanco, aún nos sonreirán y fascinarán, aún podremos contemplarlos y admirarlos gracias a la magia del séptimo arte, que conserva este hechizo de suave armonía que él dió a conocer para satisfacción, encanto y deleite de miles y miles de espectadores.

Ya no sonarán clarines y atabales. Sus notas se irán perdiendo... perdiendo. Cuando ni aún el recuerdo de su sonido quede, deseamos que continúen para ti, Harlean Carpenter, la amable, la suave, la acariciadora armonía que como Jean Harlow creaste.

Tomás G. LARRAYA



La última aventura amorosa de Jean Harlow fué su idilio con Will Powell.

Última aventura de JEAN HARLOW

PARECE el título de una película... de una película de Jean Harlow, ¿no?... Pues no lo es. Es un trozo de vida de la propia Jean Harlow. Pero, ¿acaso vida y celuloide eran cosa distinta para la rubia platino número 1? Vida o film, igual da, en este caso.

Y aún, tal vez, la vida de Jean Harlow no sea su película más real.

En la pantalla, Jean Harlow era esencialmente una «mujer de amor». Podríamos imaginarla, acaso, heroína de un tema cuyo eje no fuese la conquista amorosa, las vueltas y revueltas del impulso pasional. No sé si era ésta su vocación, como mujer, pero fué, evidentemente, su destino en cuanto a artista. Todo, en su personalidad trepidante y atractiva, giraba en torno a ese algo todopoderoso, en cuyo estu-

etapas que marca la evolución de la vampiresa: época de Theda Bara, época de Nita Naldi, época de Bárbara La Marr, época de Marlene Dietrich y Mae West en contraposición. La platinada Jean Harlow puso en este vampiresco concierto una nota propia, suya, una nota sugestiva y picante, en la que, tal vez, había —en relación a las demás— un poco más de «appeal» y algo menos de «sex».

De todos modos, no comprenderíamos a Jean Harlow, sino como «la mujer de quien los hombres se enamoran». Si en la vida no hubiera sido así, nos hubiera decepcionado en la pantalla. Y viceversa. Su biografía —auténtica o reconstruida— debía desarrollarse a un ritmo amoroso tan vivo como el de sus films. Y aquí

ya se plantea el eterno interrogante, que, de Oscar Wilde acá, no ha dejado sosegar a ningún crítico de arte que se estime en algo: ¿copia el arte a la naturaleza... o es la naturaleza la que copia al arte? ¿Reflejan las heroínas de Jean Harlow la vida privada de la estrella, o es, por el contrario, la vida privada de Jean Harlow la que copia el gesto —uno y múltiple— de sus heroínas? «This is the question», que diría el camarada Hamlet.

La última aventura amorosa de Jean Harlow fué su idilio con Bill Powell. «Se casarán? «No se casarán?», preguntaban las gacetas vivas de Hollywood, tan iguales en esto a las damas de Cuenca o Valladolid... «Si se casan, ¿serán fe-



Jean Harlow era esencialmente una mujer de amor.

HARLOW

lices?» «¿Cuánto tardarán en divorciarse?» «Hoy han almorcado juntos.» «Ayer no se vieron.» «Esta mañana estaban los dos en la playa y ni siquiera se han mirado.» «Pero ella sufre.» «No; ella no tiene corazón: el que sufre es él.» «Me han dicho que...» «No; lo que se asegura es que...» En fin: a lo que importa: «¿se casarán?», «¿no se casarán?»

El rumor, en fin, los casó y los divorció varias veces. El rumor afirmó que Powell no aceptaba ya nunca una invitación, si, previamente, no le aseguraban que Jean estaba, a su vez, invitada... El rumor dijo

que, cuando Jean esperaba a Bill, y éste se retrasaba tan sólo unos minutos, su impaciencia era tal que le daba ya por muerto, y telefoneaba una vez, y otra, y otra, por si le habían llevado al hospital. El rumor. ¡Oh, el rumor!

Y es que Jean Harlow —sigue hablando el rumor— era una apasionada. Siempre se enamoró con igual furia... ¡y Bill Powell hubiera sido el cuarto esposo!

Su idilio juvenil se llamó Charlie Mac Grew, de Chicago (¿salchichonero?), y se convirtió, de modo fulminante, en marido número

(Continúa en la página 16)



Jean Harlow, en «Ángeles del infierno».



Jean Harlow con Donald Douglas en «La jaula dorada».



con Wallace Ford, en «El monstruo de la ciudad».



con Edmund Lowe en «Cena a las ocho».



con Clark Gable en «Tú eres mío».

LA LEGIÓN AMOROSA DE JEAN HARLOW

DESCANSABA en paz del torbellino de la vida...», fueron las últimas palabras de mi artículo en el pasado número. A pesar de ello, hoy debo hablar de sus amores en la pantalla. De sus amantes en la ficción. Del amor de celuloide...

Una veintena de buenas películas son el balance numérico de su vida cinematográfica. Numerosa y grande, su legión de amantes en el blanco recuadro. Entre ellos se destaca una pequeña insistencia en favor de Clark Gable. No son una «pareja ideal» pero llenan como ninguna la pantalla con sus primeros planos. Juntos los hemos visto en «Tierra de pasión» y más tarde en «Tú eres mío», con una iniciación espléndida, que se supera en la presentación de «Mares de China», navegando también junto a Wallace Beery. La consagra como artista

estimadísima y querida ese film simpático y perfectamente realizado: «Entre esposa y secretaria», que ha sido el último film que de ella hemos visto.

Hemos de pasar la cinta retrospectiva de su vida amorosa a través de sus películas. Es algo difícil. Hay

con Johnny Mac Brown en «Los seis misteriosos».



con Chester Morris en «La pelirroja».



con Clark Gable en «Tierra de pasión».

que remontarse a unos cuantos años atrás. Volar junto a los «Ángeles del infierno», donde se inicia su vida cinematográfica, gracias a la intervención de Clara Bow, que la recomienda eficazmente. Allí la vemos por primera vez. En un drama de dolor y guerra, enamorada de Ben Lyon. Inicia bien su carrera. Si bien hoy este actor no pertenece a la categoría de las estrellas de primera magnitud, en su época, por aquel entonces, era una figura destacada y su casamiento con Bebe Daniels fué una noticia que causó gran revuelo.

No puede faltar el gangster en la

El segundo lugar pertenece al malogrado Robert Williams. Es «La jaula dorada» el título de esta nueva historia de amor y, aunque en realidad no fué un film que apasionara a la multitud aficionada del mundo, marca el peldaño segundo de su gran escala triunfal.

«Ábismos de pasión», con Walter Byron. Los productores no logran destacar del todo su gran calidad de actriz, pero han visto desde el primer momento que en el mundo entero será admirada Jean Harlow. Los hombres admirarán su belleza y su arte. Y las mujeres, aún a trueque de envidias y críticas, entregáran al peluquero sus cabelleras para que las transforme en hebras de platino...

Están en boga los boxeadores y ahora es Lewis Ayres el amante que le toca caer en las redes de la famosa rubia. «El hombre de hierro» se convierte, en manos de ella, en muñeco sin voluntad, y en las escenas de amor, una vez más, vence la mujer indómita y voluntaria que ella encarna.

No puede faltar el gangster en la



con Lee Tracy en «Polvorillas».

lista. Y es James Cagney el afortunado que le cabe la gran suerte de sellar con besos sus quejas y rabietas de niña mimada y antojadiza. Es su quinta producción. Pero no basta con «El enemigo público», y Wallace Ford es su siguiente amante en «El monstruo de la ciudad». Su fama consigue captar la atención preferente y especial de sus directores. Sus historias de pasión son esperadas en todos los países, y la prensa, *Indiscreta Mayor*, comenta con fruición y detalle las incidencias y fuertes disgustos nacidos al calor de los celos que las mujeres reales de sus adoradores en la escena provocan. A cada nueva película un nuevo galán, y ya nadie puede evitar que a su alrededor se forme la aureola de maledicencia que tejen en la sombra sus propias rivales.

Sigue siendo la atracción de su arte exponiente justo de su popularidad. A cada nueva producción suya, un nuevo nombre de varón. Y una nueva historia de amor. Comentarios, rumores, cotilleos, y como fin una nueva cinta, con mayor éxito que la anterior. Johnny Mac Brown es su séptimo enamorado, en «Los seis misteriosos». Su rubia cabellera, tan bella como famosa, da pie al título de su siguiente película, al lado de Chester Morris, el galán de perfil duro y gesto energético: «La pelirroja».



con William Powell en «La indómita».



con Clark Gable y Wallace Beery en «Mares de China».



con Spencer Tracy en «Flor de arrabal».



con Clark Gable «Entre esposa y secretaria».

pago, Lee Tracy la bautiza como «Polvorilla». Franchot Tone no puede zafarse del hechizo y se deja tentar por la nueva Eva. Ella sólo dice «Busco un millonario», pero la suerte, después de algunos revéses insignificantes, le otorga el millonario y un enamorado rendido.

Y van catorce. Es después de conquistar a «La indómita» que logra William Powell posar los labios sobre la dulzura de los de ella. Y eso que era «La indómita»... Pero todos los públicos piden oro film con Clark Gable. Y «Mares de China» los une de nuevo. Poco importan las inmisiones de Wallace Beery y Rosalind Russell; ellos reconocen que, aún después de una pelea, sabrán hallar en sus besos la felicidad ansiada.

«Flor de arrabal» Josep Calleja, con su antipática cara de eterno gangster, trata de robarle el cariño al feo y noblote Spencer Tracy. Pero no lo consigue. Y, sin darse cuenta, nos sorprende la visión de «Entre esposa y secretaria».

DECIAMOS ayer que el cinema era el único vencedor de la Gran Guadaña. Mañana, tal vez, se obscurecerá la sala de nuevo y sobre el gris plata de la pantalla continuará su historia amorosa, en el cine... «Suzy», con Cary Grant y Franchot Tone... Más tarde, «Los enredos de una dama», junto a Spencer Tracy y William Powell... Y más allá, su obra póstuma, presentando un galán «De su propiedad» («Personal Property»): Robert Taylor, su último celuloide...

Emilio CALVO

con Cary Grant y Franchot Tone en «Suzy».

ja». Buen título y mejor argumento. Nada puede ya detener su pujante carrera. Va camino del triunfo, por la senda de los elegidos, por el camino de los amores, y plagiando al viejo dicho podría decirse de ella: En cada film un amor.

Y llega Clark Gable. «Tierra de pasión.» Un compás de espera, junto a Wallace Beery y Edmund Lowe, sentados ante la mesa bien servida de una «Cena a las ocho», y de nuevo al lado de Clark. «Tú eres mío», exclama con autoridad de dueña y señora. Pero su genio pide algo más dinámico. Y en justo



con Robert Taylor en «Personal Property».

JEAN HARLOW

Filmoteca
de Catalunya



MODA

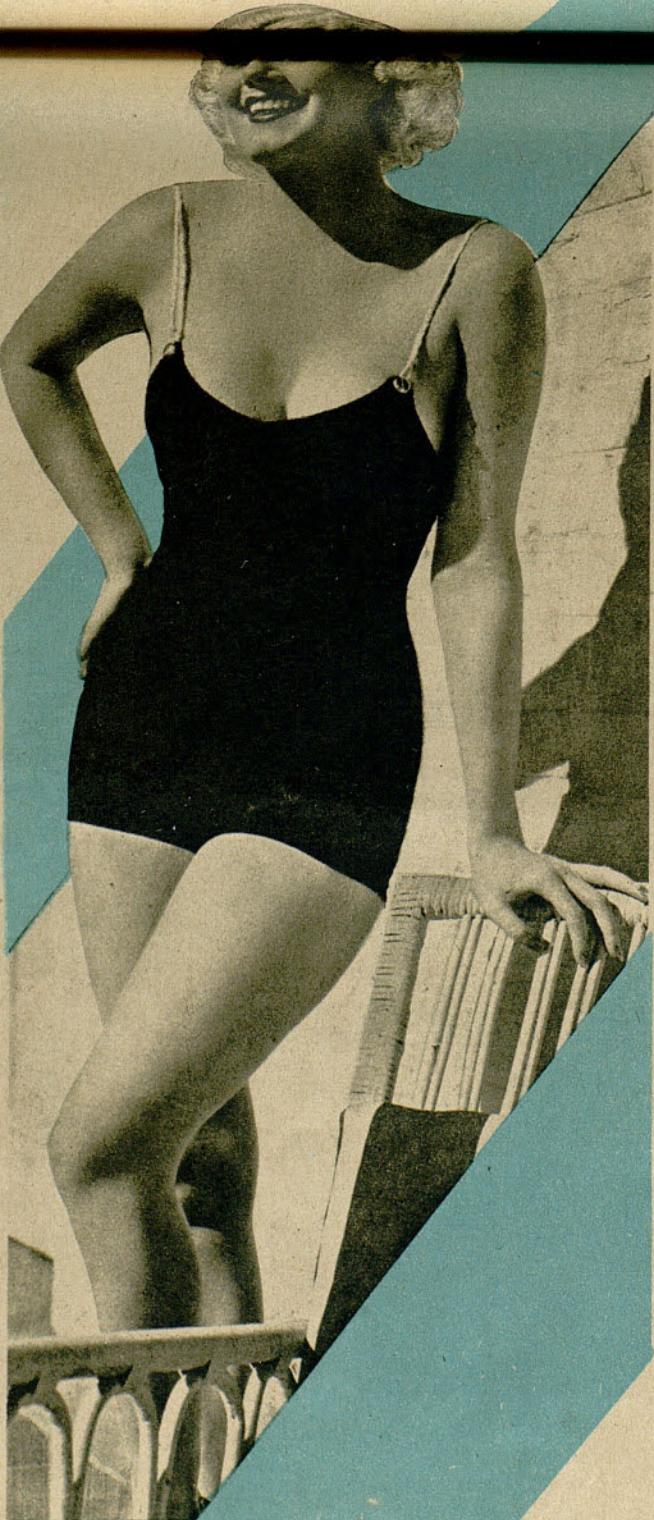
La elegancia innata de Jean se manifiesta claramente en estas fotos, en las que aparece gozosa, da con originales modelos.

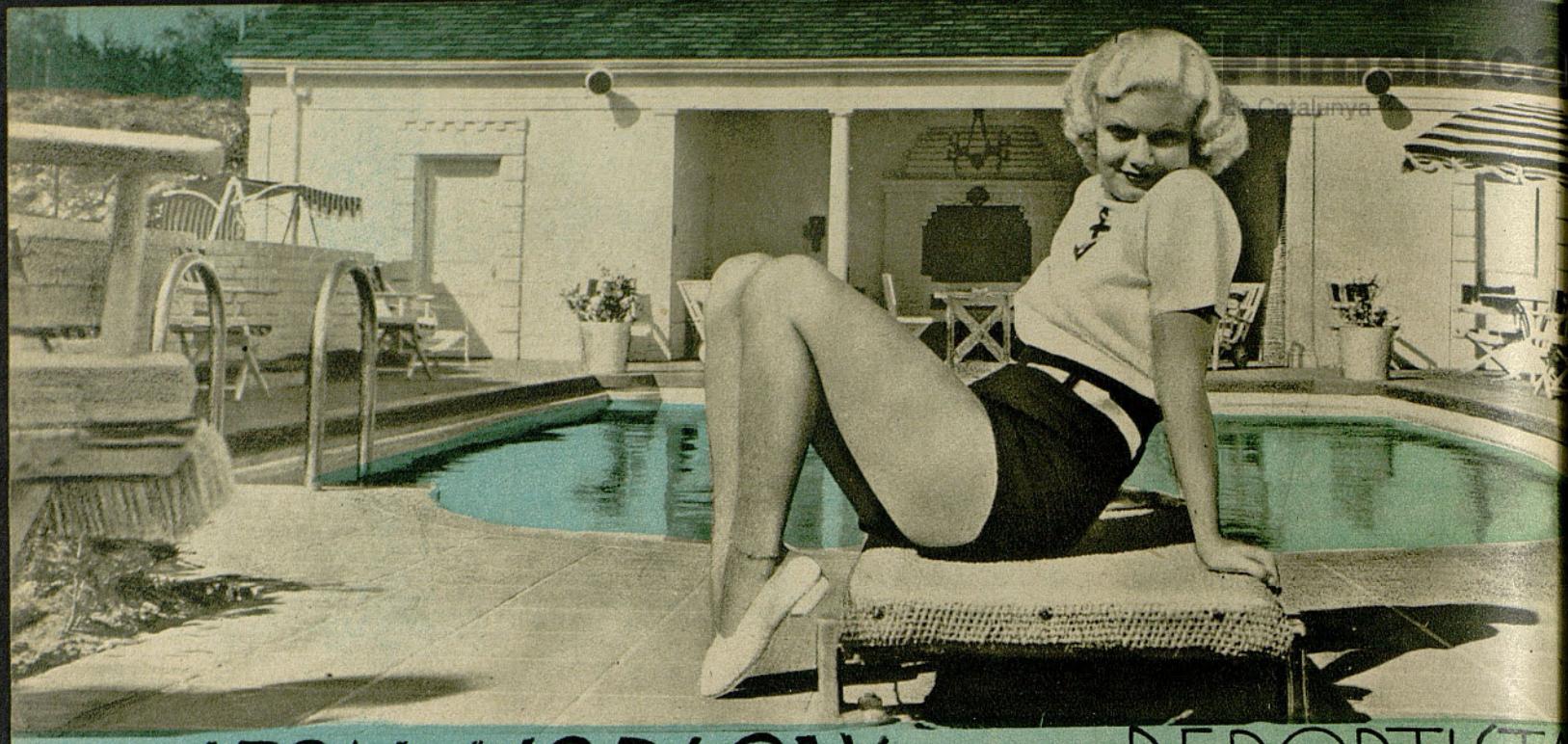
con Robert
Taylor en
«Personal
Property»

JEAN HARLOW

JEAN Harlow, la escultural, la inquietante ex platinada del cinema, no se presentará ya más ante la cámara para irradiar desde ella al mundo entero el poema de gracia de su rostro vivaz y de su cuerpo de plástica impecable. Su muerte parece como si uno de esos «rols» impregnados de fatalismo, que con realce maravilloso ha sabido interpretar en la pantalla, hubiese pasado a ser realidad en su vida, segándola en plena juventud y esplendor cuando tantos días de gloria la esperaban.

Se ha dicho muchas veces que el éxito de Jean Harlow más se debía al prodigo del sex-appeal de su cuerpo que a su arte. Es cierto que las exigencias comerciales de sus films nos lo mostraban a menudo con cierta ligereza de alaivo. Pero cuando una artista cuenta en el mundo entero con millones de admiradores; cuando los destellos de su fuerte personalidad imponen entre su sexo su capricho como ley, revolucionan una época y crea un tipo de belleza fino, optimista y juvenil; cuando sus creaciones adquieren en la pantalla el relieve de lo excepcional y dejan en la memoria de todos una lista de films de grato e imperecedero recuerdo; cuando, en fin, triunfa plenamente en su primera interpretación en el cine mudo y consagra y consolida después su prestigio en el sonoro, donde tantos positivos valores se estrellaron; esta artista no puede decirse que haya triunfado únicamente por su magnífico rostro o por su magnífica figura, ni menos por sus actitudes más o menos provocativas. En todo caso, su legítimo triunfo, su gloria, habrá sido doble: como artista y como mujer.





JEAN HARLOW DEPORTISTA



Jean Harlow sabía la importancia que los deportes tienen para conservar la esbeltez del cuerpo y los practicaba a menudo con verdadera pasión, para conservar su agilidad.

ELEGÍA



JEAN HARLOW HA MUERTO

Como mueren las diosas,
adornadas de primavera
y coronadas de rosas,
has caído... La artera
te sorprendió ataviada
con el manto de gloria que te prestara el Arte...
Tal vez de tu belleza tuvo celos una hada,
y para aniquilarte
se abriera a las caricias de un poderoso mago...
Tal vez un dios se enamoró de ti
rendido ante el halago
de tus labios obiertos a eterno frenesi,
de la suave caricia de tu tez...
Tal vez...

¡Pobre muñeca rubia! ¡Te ha perdido el pecado
de ser blanca y dorada; de encerrar en tu boca
el secreto de un mundo apasionado
y en tu sangre la llama de una loca
exaltación carnal...
Y has caído tejiendo con el hilo de un sueño
un pecado mortal...

¡Ya tienen tus caricias nuevo dueño!...
¡Ya estás lejos del bien y del mal!...
Se rindieron las alas de tus ojos de luz.
Se apagaron las fuentes de tus claras pupilas...
Imagino tus manos inquietas
dormidas de tu pecho en la nívea cruz.
Los fabios que antes diste al beso estarán mudos,
será cera tu carne muerta para el amor
y en las palomas blancas de tus senos desnudos
vivirá eternamente la gracia de un temblor.

¡Pobre muñeca rubia!.. ¿Te has llevado, quizás,
a ese mundo a que vuelas, el beso apasionado
que al ensorrido
no diste nunca... ni darás?...

¡Muerta para el amor!...
¡Sobre tu carne blanca se hará flor
el beso del recuerdo, y junto al arca fría
que decore tu nombre, sobre nuestro dolor,
llegará hasta tu esencia la eterna sinfonía
que a tu memoria entonen el Arte y el Amor!

Lope F. MARTINEZ de RIBERA

Es la gloria de las estrellas. Pronto se desvanece su recuerdo, renovado por la presencia de nuevos nombres acabados de nacer. Pero Jean Harlow perdurará mucho tiempo en la memoria del público, y su cabello blonde será el secreto de su supervivencia. Ella trajo al mundo una pequeña perturbación frívola, una moda que apasionó a las damas, que se expandió por las cinco partes del planeta, que invadió las calles y los hogares, la locura del rubio platino. Recordad la admiración que nos causaron las primeras rubias platinadas. Cada una de ellas tenía un poco de Jean Harlow que se hubiese escapado de la pantalla para salir a darse un paseo por la ciudad. Al éxito de estas primeras damas exóticas, siguió el éxito de segunda de las que las siguieron. Pronto el rubio platinado, la bella epidemia elegante, se convirtió en una vulgaridad. Pero ello no resta mé



La locura del rubio platino

LOS que amábamos a Jean Harlow la amábamos por sus hermosos cabellos platinados. Resultaría una redundancia decir que era lo más personal de ella. El blanco penacho brillante de su cabellera, concretaba toda su personalidad. Lo demás era indiferente, borroso, secundario. Por eso, por su belleza rara, el mundo la entronizó en el altar de sus idologías.

Ahora Jean Harlow ha muerto. Efímera

ELOGIO DEL CABELLO

s estrellas
su recuer-
a presencia
s acabados
an Harlow
mismo en la
o, y su ca-
el secreto
una peque-
ola, una mo-
las damas
por las cin-
eta, que in-
os hogares
platino.
iración que
primeras ru-
da una de
co de Jean
ese escap-
para salir a
por la ciu-
tas primera-
uió el éxito
que las s-
rubio plati-
idemia ele-
en una vu-
no resta mé-

rito alguno a su gentil precursora, y hasta en el hastío de la vulgaridad, cuando los ojos ya se hallaban un poco fatigados con las demás, en la penumbra de la sala, seguimos admirando la llama rojiblanca de sus meleñas, de las auténticas, de las originales, con la delectación del buen esteta que contempla el cuadro del pintor famoso del que se han hecho tantas litografías.

Esas mujeres-litografía, disfrazadas un poco de Jean Harlow, harán que su memoria reverdeza por donde ellas vayan. El novio, un poco enfermo del mal del cine, seguirá pensando en ella, cuando sus manos se hundan en la sedosa masa perfumada de los cabellos de su amada. El caballero de cierta edad, cuando en las aburridas sobremesas domésticas levante la vista del periódico y la pose en el pelo platino de su hija, refulgente bajo la zona luminosa de la lámpara del comedor, le dedicará un recuerdo sentimental, y pensará:

—Si esta hija mía se dedicase al cine, podría ser la sucesora de Jean Harlow...

Por este solo hecho original, el del cabello rubio platino, se hizo acreedora a la gloria que la envolvió. Lo demás en ella era secundario. El trabajar bien ante la cámara, en un país donde los niños, los caballos y las mulas son acciones consumados, no tiene ningún mérito. Pero el poner algo de personalidad en ese país estandarizado, donde los hombres usan la misma marca de corbatas, del mismo color, y las mujeres llevan idéntico sombrero, tiene un méjico atroz. El sombrerito de Charlot y el pelo rubio platino de Jean Harlow son dos ejemplos equivalentes de una originalidad trivial, pero suficiente, en el país de la monotonía absoluta.

Sin esto, habría sido, de seguro, una artista insignificante; tal vez ni habría sido artista. Sus comienzos fueron en la Fox y Paramount haciendo papeles insignificantes en películas de dos rollos. Cuando Hal Roach le ofreció un contrato por cinco años para sus célebres películas de bañistas, fué más pensando en sus piernas que en otras posibilidades artísticas.

El compromiso con Hal Roach pudo torcer su vida artística, sin darle oportunidad de lucimiento. El abuelito de Jean vivía en Kansas City, y un día vió, escandalizado, a su nieta en una película de Roach luciendo una leve camisita de encaje negro. El abuelito era un puritano. Telegrafió a la nieta y le hizo romper el contrato...

Durante unos meses, Jean volvió a hundirse en la vida monótona del hogar. Se dedicó a trabajos que requerían presentarse vestida con decencia. Ya no tuvo necesidad de exhibir sus bonitas camisas. Pero no era feliz. El haz de los reflectores la atraía como la luz atrae a las mariposas. Cuando no pudo contener más la desazón de la aventura, volvió a la Meca del cine. Ahora para triunfar definitivamente. En «Ángeles del infierno» hizo la presentación del maravilloso rubio platino, y triunfó; no podemos decir con certeza si ella o el rubio platino.

Ahora Jean Harlow ha muerto. Su hermoso pelo blanco, tan vivo y tan personal, ya no volverá a pasar por el rectángulo luminoso. ¿Cuántos románticos pagaría a peso de oro un mechoncito de esos cabellos prodigiosos que han de ir con ella a perderse en la región de las sombras definitivas?

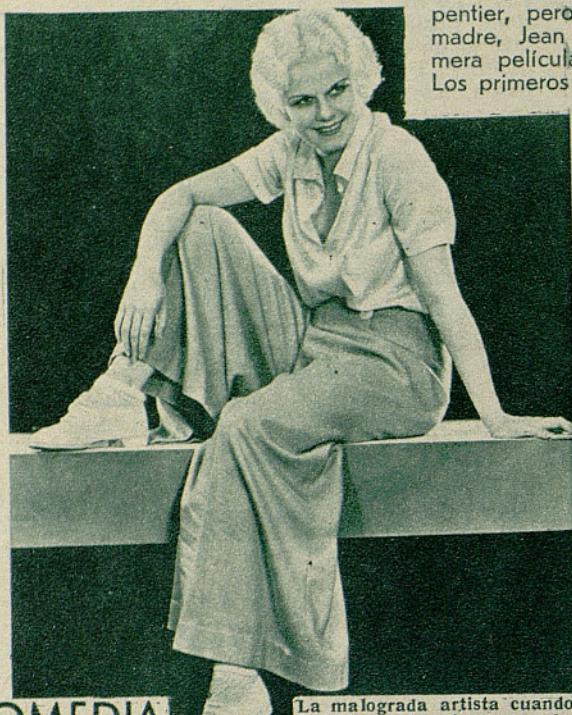
C. GOTARREDONA



BLONDO DE JEAN HARLOW



Jean Harlow cuando tenía tres años.



La malograda artista cuando le hicieron la primera prueba en los estudios de la Fox. (Foto Fox.)

COMEDIA
en 4 actos

DESTELLOS DE UNA VIDA INQUIETA

JEAN Harlow, la malograda artista que ahora acaba de desaparecer, dejando las dos estrellas luminosas de su sonrisa y sus cabellos, había nacido en Kansas City, estado de Missouri, el día 3 de marzo de 1912. Tenía, pues, veinticinco años. Su verdadero nombre era Harlen Carpenter, pero adoptó el de soltera de su madre, Jean Harlow, al interpretar su primera película.

Los primeros años de su vida transcurrieron plácidos y tranquilos en una bella casita de los suburbios de la ciudad natal. Cuando tenía diez años pasó a vivir a California con su familia. Allí prosiguió sus estudios, que ya había principiado en Kansas City, pero al poco tiempo su familia se trasladaba a Chicago y la pequeña tuvo que seguirlos.

A la edad de dieciséis años, Jean Harlow tuvo su primer conflicto sentimental, fugándose de su casa en compañía de un muchacho llamado Mac Grew, con el que contrajo matrimonio. La joven pareja marchó a California a pasar

la luna de miel y decidieron quedarse allí. Su matrimonio no había sido más que una locura infantil que sus familias supieron perdonarles, y los padres de Jean se trasladaron de nuevo a California para estar al lado de su única hija.

Dos años más tarde, Jean se divorció. Había pasado el idilio y Jean, que insensiblemente seguía los hilos de un destino brillante, no podía hacerse a la vida hogareña, aburrida y gris.

Ese brillante destino que la providencia le había trazado, la llevó a la pantalla. Nunca había soñado en ser artista, pero un día entró en los estudios de la Fox en compañía de una amiga que trabajaba allí. Un director de la casa se interesó por ella y le entregó una carta de presentación para el jefe del departamento de contratación de artistas, recomendándole que fuera a verlo.

Jean no sabía qué hacer. Enterados de su aventura, sus amigos bromearon con ella, asegurándole que no era capaz de presentar la carta. Concertaron una apuesta y sólo por el gusto de ganarla, Jean se entrevistó con el director del departamento de contratación.

Así empezó su carrera. Sus comienzos fueron los de miles y miles de extras, la mayoría condenadas al fracaso. Pocas lograron abrirse paso. Jean creía de buena fe que ella tampoco triunfaría. Despues de haber intervenido como extra en varios films de la Fox, tuvo una participación un poco más destacada en una película que protagonizaba Richard Dix, para la Para-



Cuando no se enfada ella...

se enfada él...

¿Será drama o tragedia?

¡Es una comedia!

mount. Allí la vió Hal Roach y se la llevó a su estudio, donde acabó ofreciéndole un contrato por cinco años, para actuar en sus célebres comedias de dos rollos.

Pero Jean no sentía aún la divina inspiración del arte que años más tarde habría de elevarla a las cumbres de la fama y, a requerimiento de uno de sus familiares, rompió el contrato con Hal Roach, volviendo a la vida casera y vulgar.

Este parentésis duró poco tiempo. A los ocho meses quiso volver a probar suerte. Obtuvo un papel en la película «La chica de la noche del sábado», interpretada por Clara Bow... La Christie le ofreció un contrato y aceptó.

En el estudio de la Christie su personalidad fué destacándose. Allí

gaban sus gustos, sus aficiones pre-dilectas. Se supo que, de no ser actriz, le hubiera gustado ser periodista. Escribía en los ratos perdidos un libro que iba a titularse «La gran novela americana»... Escribía a máquina con dos dedos, pero con velocidad sorprendente. Fuera de la pantalla se maquillaba muy poco y casi nunca usaba joyas. Gastaba siempre un perfume fabricado especialmente para ella. Prefería el negro para los trajes de calle; en cambio, para noche vestía casi siempre de blanco. Casi cada día montaba largos ratos a caballo. Lefía mucho y hablaba siempre en voz muy baja.

Un día todas las prensas dieron



Una foto histórica. En ella aparecen, de izquierda a derecha, Irving Thalberg el difunto esposo de Norma Shearer, que aparece también junto a Jean. Al lado de aquélla, vemos a Paul Bern, el segundo esposo de la Harlow que murió trágicamente disparándose un tiro en la sien ante el espejo.

conoció a Ben Lyon y James Hall, que preparaban la filmación de aquella gran película «Angeles del infierno». Howard Hughes se interesó por ella. Se le hizo una prueba y la suerte de Jean Harlow quedó decidida: era la protagonista de «Angeles del infierno».

Así empezó la ola arrolladora, la locura del «rubio-platino» que la figura de Jean Harlow idealizaba desde la pantalla. A partir de este momento, el nombre y el rostro pícaro de Jean Harlow se lanzó a los cuatro puntos cardinales. Su figura empezó a llenar las revistas cinematográficas y en torno a ella se hizo una atmósfera publicitaria cada vez más espesa...

El nombre desconocido fué agrandándose por momentos y ya no hubo muchachita soñadora que en lo más íntimo de su corazón no la envidiase. Las gacetillas cinematográficas divul-

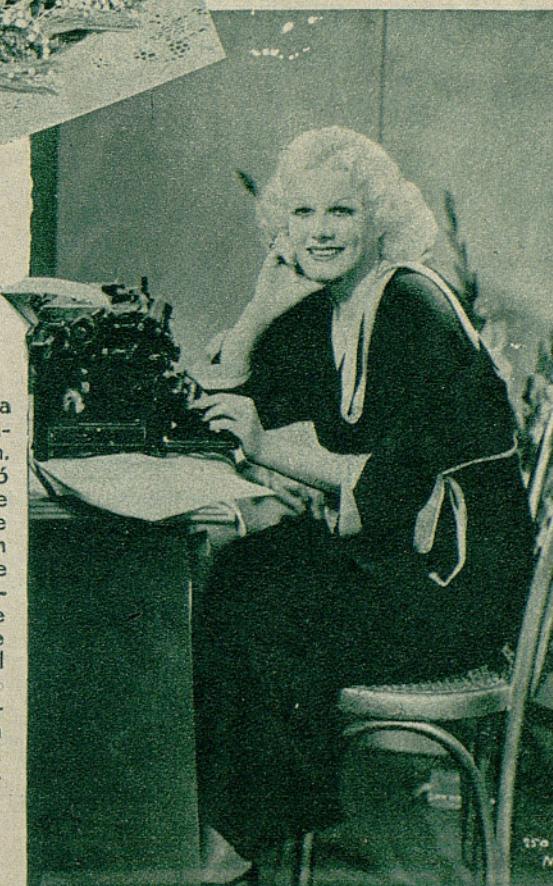
la gran noticia: Jean Harlow iba a casarse por segunda vez. El afortunado (?) era nada menos que Paul Bern-

do (?) era nada menos que Paul Bern. Se celebró la boda. El idilio duró poco. A los pocos meses, Bern se pegaba un tiro en la sien delante de un espejo. Se hizo el misterio en torno de este extraño suicidio. Se aventuraron las más opuestas conjeturas. Jean tenía a la sazón veinte años y su marido cuarenta. Jean se ha llevado a la tumba el secreto del suicidio de su segundo marido.

Protagonizó muchas películas, el detalle de las cuales publicamos en otro lugar de este mismo número. Ganó mucho dinero. Era una hormiguita previsora. Se calcula en tres millones de dólares la cifra que ha ahorrado durante su corta carrera artística. Su porvenir, no hay que decir, que era cada vez más brillante y resplandeciente, hasta que la Parca implacable la señaló con su dedo...



Cuando protagonizó «Angeles del Infierno», su primera película, los Artistas Asociados lanzaron a la publicidad, para dar a conocer a la nueva estrella, miles de fotos de este clásico.



Jean escribía a máquina con velocidad sorprendente. En esta foto aparece escribiendo una novela que titulaba «La gran novela americana», que ignoramos si la habrá terminado...



EN la inmensa y populosa metrópoli de Londres. En el año azaroso y terrible de 1914. Unos meses antes de que estallara la conflagración mundial. Suzy, una linda y encantadora muchacha, corista de los escenarios de music-halls, se encuentra sin trabajo y sin dinero. Como mal menor, decide la conquista del primer millonario que se le tercie en el camino. Ella se reconoce con atractivos y talento suficientes para cautivar al enemigo más recalcitrante del matrimonio y no le faltan motivos para esperar que saldrá triunfante en sus deseos. Es bonita y su simpatía excepcional y alegre hacen de ella un verdadero peligro viviente para todos los solteros de la gran ciudad.

Pronto el destino —personaje indiscreto, entrometido y algo pesado a veces— se encarga de poner en el camino de Suzy, a Tom Terry, joven empleado de una podrosa fábrica de aeroplanos. Pero el inicio de su amistad tiene origen en una sarta de mentiras de ambos. Intentan engañarse. Mientras Terry Moore, que va en un coche que no le pertenece, hace creer a Suzy que es mi lord, ella por no ser menos, le da a entender que es una gran actriz. Mas sólo es una noche que dura la estreñida. Porque a la mañana siguiente Terry aparece ante la casa de huéspedes de Suzy, con su desvencijado carromato y, entre risas y bromas, ambos descubren el mutuo engaño que intentaban.

Para celebrar su amistad nueva y sincera, deciden ir a las carreras de caballos.

—Es un deporte y una diversión propias de gente distinguida y rica —opina Suzy.

—Pues, allá vamos... —contesta, risueño, Tom.

Árgumento del film M.-G.-M., interpretado por **JEAN HARLOW, FRANCHOT TONE y CARY GRANT**

Si surgen inconvenientes siempre los salvan con las risas y optimismos de su alegre juventud. Para ellos es el mundo. Y por eso no es extraño que, cuando al apostar sobre el caballo preferido de Tom, predilecto de la mayoría, el gran «Pelagatos», ella, mujer al fin, haga su capricho. Se corre la carrera. Hay momentos de gran emoción, pero termina la carrera con gran triunfo para... «Toison de Oro», el potro que había elegido Suzy, con lo que ganan una apuesta de veinte a uno, entre la alegría de la pareja, que no sabe cómo va a celebrar su gran triunfo. Ante aquel hecho, Tom advierte a Suzy que de ahora en adelante no se separará más de él.

—Me traes suerte y para mí invento necesito mucha... —le advierte Tom.

Suzy ha olvidado ya sus primeros propósitos de cazar un millonario. Se siente atraída por el carácter bueno y alegre de Tom. Accede en ir a vivir a su casa y cuidar de las cosas de él, entretanto ella encuentra trabajo. Tom cree que muy pronto habrá podido perfeccionar el dispositivo que ha inventado y se podrá casar con ella. Arrollador, como el impulsivo carácter de los dos, es el amor que les domina y ante el anuncio de una precipitada marcha de Suzy a América, Tom le ofrece con sinceridad y pasión que unan sus vidas.

—Debo marcharme. No hay remedio. No

es mi voluntad esa, pero como aquí no soy conocida, me es muy difícil abrirme camino. Claro que si hubiera hecho caso a ciertos tipos mi nombre ya estaría con letras luminosas en algún teatro —le indicó Suzy, al cabo de unos días, mientras pugnaban por escaparse unas lágrimas.

—Suzy, ¿quieres ser mi mujer? —fue la mejor contestación que le ocurrió poner a Tom. Mira, aquí tengo la licencia de casamiento desde hace varios días. ¡Oh, Suzy! Te prometo que no tendrás que arrepentirte! Mi único anhelo será verte feliz a mi lado. Ya sé que no merezco la suerte tan grande de que te cases conmigo, pero si tú quisieras... —ofreció Tom con emoción.

La muchacha, tras breve y débil negativa, accede a casarse con él y allí mismo, en el pequeño taller que tiene Tom en la fábrica donde trabaja, inician ambos sus planes de felicidad y triunfo para el porvenir.

La señora Smicht es la dueña de la fábrica donde Tom presta sus valiosos servicios. Aquel día y de una manera casual, Tom oye involuntariamente una agitada y misteriosa conversación que la señora Smicht sostiene con varios amigos suyos. Hablan en alemán y el joven inventor sólo sabe decir cuatro palabras sueltas. No entiende, por tanto, absolutamente nada de lo que ha escuchado; pero por el tono en que se ha desenrolado la conversación supone que se trata de algo importante y la señora Smicht, que es en realidad una peligrosa y activa espía del campo enemigo, cree que Tom ha oido sus palabras y, por lo tanto, está en posesión de sus planes y secreto y, para taparle momentáneamente la boca, le ofrece

ce la plaza de director, creyendo así comprar su silencio.

Después bien sabe ella el sistema más seguro de que enmudezca. Algunas se encargarán, por orden suya, de suprimirlo.

Ante la perspectiva de una mejora de sueldo, Tom decide precipitar los acontecimientos. Aquella misma tarde se casarán. No sospechan ambos el terrible accidente que ha de interrumpir su feliz enlace. Poco después de su matrimonio, una vez celebrada la ceremonia relámpago que les une, una dama joven y bella, pagada por la señora Smicht, entra en sus habitaciones y dispara a quemarropa sobre Tom y logra escapar después de su criminal atentado.

Todo ha ocurrido en pocos instantes. Suzy, ante el horror terrible de aquél atentado, que ella cree fatal, se imagina que todo el mundo la culpará a ella del asesinato de Tom, y sin reflexionar bien su acción, decide escapar y marcha en avión a París, para escudarse, con la distancia, de la acción de la justicia, pues espera que dispongan su inmediata busca y captura.

La llegada a París de Suzy, coincide con la declaración de guerra. La llama devoradora de la gran guerra ha prendido de manera voraz en París y pronto el mundo entero se asombrará de la maldad humana. El hombre se presentará ante la Humanidad entera como la más feroz y cruel de las fieras y bajo las llamas de sus teas de odio y maldad, sucumbrirá toda una juventud. Y allí, entre el ruido ensordecedor de charangas populacheras y estrepitosas, al compás de desfiles dolorosos y entusiastas, Suzy conoce, entre la vorágine desatada por la terrible lucha, a un apuesto y heroico

piloto, André Charville, último vástago de una de las familias de la más rancia nobleza francesa. Suzy parece predestinada a pasiones repentina y André Charville, tras loca aventura de alegría, se siente atraído hacia Suzy por una pasión, fruto de su temperamento débil y enamoradizo. Suzy, en la creencia de que Tom ha muerto asesinado, accede a casarse con André.

Pero la felicidad de Suzy no está al lado de André. El joven aviador francés, pasados los primeros días de pasajera predilección hacia Suzy, vuelve a sus aventuras fáciles. Indolente y caprichoso, André deja abandonada, en casa de su padre, a la desgraciada Suzy, mientras se entrega a nuevos placeres con otras mujeres. Nada vale que Suzy haya tenido que pasar días y horas difíciles ante el diferente ambiente que para ella significa el nuevo mundo donde André la ha colocado al casarse con ella, llevándola a vivir a casa de su padre. El es egoista y no se da cuenta del sufrimiento que infringe a los demás. Suzy procura adaptarse al nuevo hogar, pero al correr de los días, se va dando cuenta de su terrible equivocación y sufre por el terrible desengaño que la vida le ofrece. Pero lo más doloroso y lamentable ella lo ignora. Lo que no sabe Suzy, ni puede llegar a sospechar es que su primer amor, Tom, no murió como ella cree. Terry sólo sufrió una peligrosa herida, de la que pudo salvarse gracias a su robusta corpulencia y su fuerte salud.

Ha perfeccionado su estabilizador, adaptable a toda clase de aviones y por ello se ha convertido en un importante miembro de la aviación. André, por el contrario, voluble y juerguista, sólo está contadas horas al lado de Suzy y casi inmediatamente parte para el frente de combate y cuando al volver de allí, regresa a París, sólo es para entregarse a una orgía sin freno, junto a las mujeres que le brindan un amor fácil y de engaño.

Terry Moore, figura importante en la fabricación de aviones, va destinado a Francia para encontrarse con André, piloto que, por su temeridad y audacia, se ha hecho famoso en todo el frente. Los nuevos aparatos que bajo la dirección de Terry se han de construir, deben ser probados por André, quien, a su vez, ha de dar su informe al Estado Mayor.

Pero las máximas casualidades están reservadas en la vida, como accidentes lógicos y sin importancia. Y para Suzy la vida es un continuo suceder de cosas y casualidades. André ha sido herido en el frente, y en una de las visitas que Suzy hace a su

marido en el hospital, Terry y ella vuelven a encontrarse frente a frente, y aunque ambos logran poner ante sus rostros la máscara de la ficción y el disimulo, en lo íntimo de sus pensamientos, vibra, como ayer, la intensa emoción del amor perdido. En la mirada de él hay reconvenión; en la de ella dolor y sorpresa. Pero ambos salen victoriosos de la difícil prueba y saben aparentar ante el amigo y el esposo, la indiferencia que el caso requiere.

La escena que entre Terry y Suzy tiene lugar, una vez se enfrentan los dos a solas, es dolorosa. El la acusa, con sobrada razón, de abandono y deslealtad. No quiere creer cuantas afirmaciones le hace Suzy sobre la verdad de aquella huida, por temor de ser culpada del asesinato del hombre que amaba.

—¿Cómo puedes creer que me hubiera casado con André sabiendo que tú vivías? Cuando estuve repuesta de la gran impresión quise volver. Te lo juro.

—Si, pero lo cierto es que no volviste. Dices que te alegras de que no haya muerto... ¿Cómo te vas a alegrar si justamente mi llegada te ha estropeado tu completa vida?

Se desprendió Suzy de los brazos de Terry en un revuelo de su avasallador temperamento, y con la llama inextinguible de su verdadera pasión quiso poner un grito de independencia a su existencia.

—A dónde vas? —interrogó, sorprendido, Terry, que no esperaba aquella acción tan rápida de su adorada.

—Voy a decirle a André toda la verdad —anunció Suzy con arrebato.

—No tendrás valor —fue la irónica contestación de Terry.

Efectivamente, si bien Suzy iba dispuesta a sacrificar todo por reconquistar su primer amor, ella no podía tampoco olvidar las horas felices pasadas al lado de aquel otro hombre bueno aunque algo voluble, que durante aquellas terribles acciones de la guerra le había jurado una y mil veces la firmeza de su cariño y a quien, por una acción desgraciada de su propia vida, había unido a la existencia de otro hombre.

Tras las consiguientes indecisiones y dudas, Suzy llega hasta las puertas del cuarto de su herida, donde yace convaleciente André. Su herida no tiene la importancia que en principio se le ha dado, y bien pronto podrá volver a recuperar el mando de su escuadrilla y regresar de nuevo al frente.

Suzy llega ante la puerta decidida a todo. Quiere poner claridad en las dudas de su vida. Tener decisión ante los fantasmas del remordimiento que la acosan y, aun a través de su propia tranquilidad, de su felicidad toda, anteponer la cruda y desnuda verdad de cuanto ha sucedido en su vida.

Pero no le encuentra solo. Al entreabrir la mampara del cuarto, puede ver que, junto a su lecho, enlazada por los viriles brazos de su esposo, está una mujer bellísima. Ella reconoce al instante, en aquella mujer que se hace llamar Ayrelle, a aquella otra que un día ya lejano atentó contra la vida de su amado Terry, siendo el motivo principal de todas sus actuales tribulaciones. Amargamente, Suzy la acusa; pero arte su amor propio de mujer ofendida en su pasión de esposa, prefiere separarse momentáneamente de ellos para correr en pos de Terry a quien quiere explicar la extraña coincidencia.

Aquella noche se encuentran de nuevo nuestros tres personajes: Suzy, André y Terry.

Intentan Suzy y Terry aclarar la extraña casualidad de aquel nuevo encuentro con la espía que disparó sobre él.

Todo les hace suponer que se trata de una nueva y peligrosa intrusión de agentes extranjeros que intentan, por todos los medios, aoderarse del invento que perfecciona el sistema de estabilización en los aeroplanos y aumenta considerablemente su velocidad corriente.

André, que sabe que aquella noche debe presentarse de nuevo ante sus superiores para efectuar unos vuelos peligrosísimos de destrucción de hangares del enemigo, quiere gozar una vez más de la vida con ese ciego deseo del que quiere apurar hasta el fin la copa que sabe que tal vez mañana se habrá roto y que en toda guerra





es el espíritu alocado que da insensibilidad a la juventud para correr unas veces tras el placer y otras tras la muerte.

De nuevo se enfrentan los antiguos personajes de la historia: Ayrelle que ha ido a despedirse de su amante, André Charville, y Suzy y Terry que intentan por todos los medios salvar a su amigo de los tentáculos de la espía.

Al hallarse frente a frente con Ayrelle, Suzy la acusa de ser la mujer que disparó sobre Terry y ésta, al verse perdida, llama disimuladamente a uno de sus compañeros. Audaz y cínica, logra triunfar sobre los tres asombrados espectadores, y hace disparar a su compañero sobre André.

Los disparos le alcanzan de lleno y Ayrelle, aprovechando los momentos de asombro y dolor de Terry y Suzy, logra escapar.

Son las cuatro de la madrugada. Pronto las sombras de la noche dejarán paso al nuevo día y entonces será inútil todo el esfuerzo que la infantería aliada haga sobre los frentes enemigos, y Ayrelle habrá logrado advertir al Estado Mayor alemán la proximidad de un esfuerzo más de sus adversarios. A las cuatro y media André debía realizar el vuelo pelligrisísmo y arriesgado, según órdenes recibidas del alto mando... Y André yace en el suelo sin sentido, bañado en sangre. Es necesario tomar rápidamente una decisión. Va en ello el honor de André y la vida de miles de compañeros. Terry, abnegado, olvidando rivalidades y haciendo el sacrificio de la propia vida, ha tomado, rápido, una decisión heroica y salvadora. Será él quien ocupe el lugar de André.

Deja encargada a Suzy de que traslade el cadáver del infeliz André a un lugar previamente convenido y se lanza a las nubes a cumplir con su deber.

En su vuelo alcanza a ver el coche donde marchan Ayrelle y su compañero para advertir al enemigo, y en peligroso descenso logra ametrallarles, evitando así su criminal intento.

Realiza el vuelo y logra un inmenso éxito para sus armas, pero es necesario algo

más. Hay que volver a donde yace el cuerpo inánime de André, y estrellar allí el avión, para que después, al ser reconocido el aparato, todos crean que el piloto André Charville murió al servicio de la patria y en cumplimiento de su deber.

Todo París rinde tributo de admiración al héroe, al gran aviador André Charville, que es honrado con una condecoración póstuma. Suzy mira a Terry conmovida y le

sonríe, con esa sonrisa única que las mujeres enamoradas saben dibujar en el rostro como un emblema de promesas futuras, y de amores eternos...

Ella, aunque por las conveniencias que el mundo exige tenga que callar toda la vida la verdad, sabe que, en realidad, el verdadero héroe es aquél que jamás podrá recibir tributo alguno de admiración y que todo lo hizo por amor a ella.

La última aventura de Jean Harlow

(Continuación de la página 5.)

ro 1. La luna de miel fué breve, brevíssima, y el matrimonio duró apenas lo que la fugaz luna de miel. Casi al día siguiente de haberse jurado amor eterno, Jean Harlow y su marido de Chicago se divorciaron. El se volvió a fabricar salchichas —es un suponer— y ella se platinó la cabellera y se fué a Hollywood.

Un cronista nos cuenta que, allí, Jean Harlow causó un verdadero tumulto (joh, «sex-appeal», «sex-appeal!») que amenazó degenerar en público disturbio, tantos hombres la asediaban... y tantas mujeres la temían. Pero ella no era feliz —dice aún el cronista— «porque no estaba enamorada». Hasta que conoció a Paul Bern, prestigioso cameraman... y marido número 2.

Paul Bern, un buen día, o mejor dicho un mal día para él, puso fin a su vida disparándose un tiro en la sien, y su platinada esposa, que era, al fin, una sentimental, lloró debidamente su trágica muerte, y renunció a volverse a casar. Mas, ¡ay!, que la que nace para amar —así Jean Harlow según este su cronista y biógrafo— no puede escapar a su destino... Y, a los pocos meses, Jean anuncia su boda con

Hal Rosson. Una boda muy romántica. En un vuelo se trasladaron los novios de Los Angeles a Yuma, se casaron a las cuatro de la madrugada y tomaron —después de otro vuelo— el desayuno otra vez en Los Angeles, en casa de Jean... Así, en un vuelo, se divorció, al poco —muy poco— tiempo la rubia platinada de su marido número 3.

Después..., ¡ah!..., después, rumores, voceros, gacetas y cronistas, no dejaron de ver, en cada hombre que se acercaba a Jean Harlow, un posible marido número 4. Que si Max Baer, que si Bill Powell, que si éste, que si aquél... Hasta que la muerte, apagando, de un soplo frío, la vida de la estrella, cerró para siempre, la boca múltiple del rumor.

Jean Harlow se fué. Verdad o mentira, su figura, su vida, tuvieron una rara y envidiable concordancia con su arte, con su invariable tipo películesco de mujer de amor. Acaso, por ello, sin haber sido nunca una maravillosa actriz, fué siempre una actriz «que convenció» al público, a su público. Acaso, por ello, ha tenido la discreción —la abnegación— de irse antes de que la vida, antes de que los años —en el celuloide y en la realidad— le cambiaron el papel.

Maria LUZ

He aquí, lector, dos exponentes magníficos de la belleza de Jean Harlow y de la coquetería de sus actitudes.



SEX APPEAL //





CLARK GABLE
JEAN HARLOW